

MARTA GRAU

Cuántas evocaciones nos ofrece este nombre. Sí, ¡Marta Grau! La gran actriz de ayer, la exquisita mujer de siempre.

—Mi respeto hacia la prensa es inmenso —me dice—. ¡Hacen tanto por nosotros los periodistas!

—Pero usted ya...

No me deja concluir la frase y habla rápidamente.

—Sí, Yo ya lo hecho, hecho. Pero no puedo olvidar...

—Precisamente es lo que deseamos: que recuerde; pero sin despreciar tampoco su presente.

Nuestra interlocutora nos sonríe con infinito agrado. En un gesto muy peculiar; lleva su bien cuidada mano hasta su blanco cabello, para arreglar un imaginario rizo descuidado. Marta Grau posee una innata distinción y conserva una fragante belleza. Nos encanta su sinceridad y nos asombra que sin ningún sonrojo nos confiese sus años.

—Friso los sesenta y cinco —asegura—. Pero siento joven a mi espíritu. Y tampoco me molesta la actividad corporal. Siempre estoy con ganas de trabajar, a veces haciendo más de lo que en realidad puedo, hasta que el corazón me avisa de que hay que frenar un poco tantos entusiasmos.

—¿Pero usted disfruta mucho con sus alumnos, no es cierto?

—Puedo decir que son para mi media vida. Y tan gratas me resultan las clases en casa, como las que doy en el Conservatorio del Liceo o en el Instituto del Teatro de la Diputación. Sobre todo cuando se «descubre» a un alumno y le vas moldeando. Es una satisfacción incomparable.

ancora

—¿Y usted como llegó al teatro?

—Luchando a brazo partido con los prejuicios de mi época.

¿...?

—Yo nací en Gerona y a mucha honra, desde luego. Nunca he olvidado mi ciudad natal, aunque aquí en Barcelona me encuentro muy bien.

—Iba a contarme su entrada en el teatro...

—Pues verá usted. La cosa empezó con motivo de una grandiosa velada benéfica, allá en mi tierra.

—¿Representaron alguna obra teatral?

—De todo hubo. Primero yo di un concierto de piano. Sentía entonces un entusiasmo enorme por el arte musical; al extremo que, dos veces por semana, venía a dar clase a Barcelona con el gran maestro Vidiella. Todavía hoy día me recreo tocando las obras que aprendí de jovencita.

—¿Qué edad tenía usted cuando ese concierto?

—No llegaba a los dieciseis años. Me recuerdo perfectamente con mi vestido rosa (todavía no me había puesto de largo) y mi trenza suelta; sentada ante el gran piano de cola, sin atreverme a levantar los ojos. Estaba asustadísima, pues el público me producía verdadero terror. Pero según iba avanzando el concierto, yo me iba tranquilizando y cuando al final sonaron los aplausos, me supieron a gloria. Todos veían ya a Marta Grau «concertista de piano»; pero la sorpresa llegó después.

—¿...?

—Un grupo de aficionados, con mejor voluntad que acierto, pusimos «algo» en escena, ni recuerdo qué. Y allí surgió yo llorando, riendo, vibrando con la farsa. En la sala estaba Carme Karr, la famosa periodista, y ella fué quien me llevó a presentar a María Tibau, que a la sazón se encontraba en Barcelona. A las dos se lo debo todo. María Tubau no sólo fué para mí una gran maestra, si no que también una buenísima amiga. En cuanto a Carmen Karr, ella fué la que consiguió el consentimiento de mis padres para dedicarme al teatro.

—¿No querían?

—En absoluto. Pero bien mirado era lo natural. Imagínese usted en aquella época una familia burguesa, maravillosamente relacionada, la farmacia de papá acreditadísima. En fin, que hablar de mi vocación era nom-

brar al mismísimo satanás. Carmen Karr actuó de hada conciliadora y al fin toda la familia nos trasladamos a Madrid. Allí logré contagiarles a todos mi entusiasmo, hasta el extremo de que una de mis hermanas trabajaba a mi lado en el teatro. Claro que ella se cansó pronto y sólo quiso ser la buena ama de su casa.

—¿Y usted prefirió su arte al matrimonio?

—Pues no. Lo que pasa es que no debía ser este mi destino. A mí me hubiera gustado casarme y tener hijos, pero Dios no lo quiso así. No me entristece, pues de esta manera he podido consagrarme totalmente al arte, que es mi ideal.

—¿No tiene familia?

—Sí. Tres hermanas y seis sobrinos. Uno vive conmigo. Pero no soy más feliz que cuando logro verlos a todos reunidos en mi casa.

Y como adivinando mi pensamiento, continúa:

—Una de mis hermanas vive en Buenos Aires con su hijo. Es la viuda de Pedro Codina, a quien conoció en mi Compañía, pues con él formé yo pareja artística durante algunos años.

—¿Su permanencia en el teatro fué larga, verdad?

—Veinticinco años ininterrumpidos, durante los que fuí la mujer más feliz de la tierra. En este tiempo recorrí varias veces España y América.

—¿Recuerda alguna emoción particular?

—Algo que no olvidaré fácilmente es el estreno en Madrid de «El Conde Alarcos»; donde representando un papel episódico («La mujer astrosa»), recibí la más clamorosa ovación que se puede soñar.

Los luminosos ojos de Marta Grau se pierden en una lejanía indefinida, sonríe y enseñada vuelve a la realidad.

La entrevista para el lector ha terminado. Mi cuaderno de notas cerrado parece que le da tranquilidad. Me habla ahora de sus entusiasmos como profesora, hasta el extremo de preferir la época de clases a la de vacaciones. Estas las pasa en la playa, en compañía de una hermana y una sobrina, que tienen una casita en Blanes, muy cerca del mar.

Así es Marta Grau, así lo fué siempre. Lo «divino» y lo humano se mezclaron en partes iguales en esta mujer para darnos su sorprendente personalidad.

Florencia M.^a Ortiz